

alta voz en medio de un cercado cuyas cepas contemplaba.

Por último tomó su partido y volvióse á Saumur á la hora de comer resuelto á dejarse doblegar por Eugenia, á acariciarla á mimarla y tenerla contenta á fin de poder morir de un modo real teniendo en sus manos hasta el último suspiro las riendas de sus millones.

Al mismo tiempo que el avaro, que por casualidad habia tomado su pasaportodo, subia la escalera á paso de lobo para ir al cuarto de su esposa, Eugenia habia llevado y dejado el hermoso *necessaire* de Carlos sobre la cama de su madre. En la ausencia de Grandet se complacían entrambas en contemplar el retrato de Carlos examinando el de su madre.

— Esta es su misma frente, esta su misma boca! decia Eugenia cuando su padre abrió la puerta.

Al ver madama Grandet la mirada que su marido lanzó sobre el oro, exclamó: --Santo Dios! tened piedad de nosotras!

El avaro saltó sobre el oro, como un tigre sobre un niño adormido.

— ¿Que es eso? dijo arrebatando aquel tesoro y colocándolo en la ventana.— Oh! esto es oro y buen oro... á lo menos pesa tres ó cuatro libras. Ah! ah! Carlos te dió esto contra tus hermosas monedas. Mira, porque no me lo decias? No has hecho mal

negocio, mona mia, no, tú eres mi hija, ahora te reconozco. Esto es de Carlos; no es verdad?

— Si, querido padre esto es de Carlos y no mio. Este mueble es un depósito sagrado.

— Ta, ta, ta, él te ha tomado tu fortuna, y es menester restablecértela.

— Padre mio!

— El avaro quiso servirse de un cuchillo para levantar una placa de oro, y se vió obligado á colocar el *necessaire* sobre una silla. Eugenia corrió á tomarlo; pero el tonelero que tenia á la vez la vista fija en Eugenia y en el cofrecito, la repelió tan violentamente alargando el brazo, que la pobre jóven fué á caer sobre el lecho de su madre.

— Grandet! Grandet! gritó la enferma levantándose en la misma cama.

Pero aquel habia abierto su cuchillo y se preparaba á levantar la placa.

— Padre mio, gritó Eugenia arrodillándose y caminando de rodillas, para llegar hasta su padre hácia quien levantaba las manos: padre mio, en nombre de todos los santos, de la vírjen Maria, de Jesucristo que murió en la cruz, en nombre de la salvacion de V., padre mio, en nombre de mi vida, no toque V. eso. Ese cofrecillo no es de V. ni mio, sino de un desgraciado pariente que me lo ha confiado y á quien debo devolvérsele intacto.

— Si es un depósito; por qué lo mirabas tú? ver es peor que tocar!

-- Padre mio, no lo destruya V. ó me deshonorra. Padre mio, que no me oye V.!

-- Esposo, por favor! dijo la madre.

-- ¡Padre mio! gritó Eugenia con una voz tan fuerte que Mariana subió espantada. La infeliz hija se apoderó de un cuchillo que tenia cerca y se armó con él.

-- Y qué? dijo friamente Grandet y aun sonriendo.

-- Esposo, esposo, tú quieres esesinarme, exclamó la enferma.

-- Padre mio, si V. con su cuchillo levanta la mas pequeña partícula de ese oro yo me atravieso el corazon con el mio. V. ha matado ya á mi madre, mate V. tambien á su hija. Ahora obre V. como quiera, herida por herida.

M. Grandet dejó el cuchillo sobre el cofrecillo, miró á su hija algo suspenso, y luego dijo:

-- ¿Serías capaz, Eugenia?

-- Si, señor, respondió madama Grandet.

-- Ni mas ni menos que como lo dice, exclamó Mariana. Póngase V. en razon, una vez en la vida, amo mio.

El tonelero miró alternativamente por un instante al cofrecillo y á su hija. Madama Grandet se desmayó.

-- No vé V., amo mio? la señora se muere, exclamó Mariana.

-- Toma, hija, que no tenemos de reñir por

esa bagatela de cofre. Tómalo. Y al mismo tiempo el tonelero lo echó sobre la cama de su mujer.

-- Tú, Mariana, vé á buscar á M. Bergerin.

-- Vamos, mujer, añadió, besando la mano de su esposa, míra, ya hemos hecho la paz: ¿no es verdad, hija mia? ya no estarás mas á pan y agua, y comerás todo lo que te de gana. Ah! ya abre los ojos. Y bien! querida mia, esposa mia, amada mia, vamos, mira como abrazo á Eugenia. Puesto que ama á su primo, si ella quiere, se casará con él y le guardará el cofrecito. Pero es menester que tú vivas, mi buena esposa.

-- Dios mio, es posible que trates de este modo á tu mujer y á tu hija?

-- Te juro que no lo haré mas. En seguida vas á verlo.

Fuése corriendo á su cuarto, y volvió con un puñado de luises que esparció sobre la cama.

-- Toma, Eugenia, toma... y tú tambien, mujer, repitió, haciendo sonar los luises. Vamos, alégrate, ponte buena; pues de hoy en adelante no te hará falta nada, ni á Eugenia tampoco. Mira, ahora la doy cien luises de oro. Pero estós no los darás, Eugenia, ¿no es verdad?

Madama Grandet y su hija se contemplaron atónitas.

-- Tómelos V., padre mio, nosotras no queremos mas que la ternura de V.

— Muy bien, eso es lo que quiero yo tambien, respondió el avaro, metiéndose los luises en el bolsillo. Vivamos como buenos amigos, vámonos á la sala á comer juntos, y á jugar todas las noches á la lotería á dos sueldos cada vez; y así podréis divertiros.

— Ah! bien lo quisiera yo, puesto que esto te es agradable, dijo la moribunda, pero no puedo levantarme.

— Pobre amiga mia. Tú no sabes como yo te amo, ni tú tampoco, hija mia.

Grandet abrazó á Eugenia y besóla.

— Oh! cuan bello es abrazar á una hija despues de una querella! Mona mia! Mira, esposa, ahora tu hija y yo no hacemos mas que uno. Ve á encerrar eso, Eugenia, añadió señalando el cofrecillo, ve, no temas nada. Ya no te hablaré mas de ello.

Al cabo de un rato llegó M. Bergerin, el médico mejor de todo Saumur. Terminada la consulta, declaró positivamente á Grandet que su mujer estaba muy mala; pero que con una gran calma de espíritu, un réjimen pacífico y muchos cuidados podrian alargar su vida hasta últimos de otoño.

— Y costará mucho esto? preguntó el avaro. Se necesitan drogas?

— Pocas drogas, pero muchos cuidados respondió el médico, que no pudo contener una sonrisa.

En fin, M. Bergerin, V. es un hombre hon-

rado, no es así? Yo fío en V. y ya puede V. venir tantas cuantas veces lo crea conveniente. Cúreme V. á mi esposa, á quien amo mucho, aunque no lo manifiesto, porque en mi casa somos reservados y su enfermedad me apesadumbra el alma. Tengo mucho sentimiento y hace ya que arrastro esta pena desde la muerte de mi hermano, por quien gasté en Paris sumas cuantiosas, y nunca termina su pleito. A dios, caballero, si se puede volver la salud á mi mujer, sálmela V. aunque se hayan de gastar para ello mil francos, y aunque sean dos mil.

A pesar de los fervientes votos que hacia Grandet por la salud de su mujer, y de la complacencia que manifestaba en cualquier caso al cumplir los deseos de su esposa y de su hija que estaban admiradas, y sin embargo de los mas tiernos cuidados prodigados por Eugenia, madama Grandet corrió rápidamente hacia la muerte. Cada dia se enflaquecia y debilitaba como se debilitan casi todas las mujeres achacadas en tal edad. Estaba agostada como las hojas que caen de los árboles en otoño y los rayos del cielo la hacian resplandecer como resplandecen las hojas que él atraviesa y dora. Su muerte fué digna de su vida, fué una muerte plenamente cristiana, es decir, sublime.

En el mes de octubre, se mostraron mas particularmente sus virtudes, su paciencia de ángel y

su amor para con su hija. Estinguióse sin haber dado la menor queja. Cordero sin mancha, íbase al cielo y no sentia dejar mas que la dulce compañera de su fria vida á quien sus miradas parecían predecir mil males. Temblaba de dejar aquella oveja blanca como ella, sola en medio de un mundo egoista, que quería arrancarla su vellon y sus tesoros.

Hija mia, la dijo antes de espirar, no hay felicidad mas que en el cielo, ya lo sabrás algun dia.

El dia siguiente al de la muerte de su madre, Eugenia halló nuevos motivos para unirse mas y mas á la casa en que habia nacido, en que habia sufrido tanto y donde su madre acababa de espirar. No podia contemplar la ventana ni la silla en que se sentaba aquella, sin derramar lágrimas. Creía haber desconocido el alma de su anciano padre, viéndose objeto de sus mas tiernos cuidados. El tonelero le daba el brazo para bajar al comedor, la miraba de buen ojo durante horas enteras y por último la cuidaba como si fuese oro.

El avaro se parecía tan poco á si mismo, temblaba de tal modo ante su hija, que Mariana y los cruchotinos testigos de su debilidad, lo atribuyeron á su edad evanzada y hasta temieron que se debilitasen sus facultades. Pero desde aquel dia en que la familia tomó el luto, despues de la comida en que fué convidado maese Cruchot, el único que

conocía el secreto de su cliente, se declaro la conducta del avaro.

— Mi querida hija, dijo á Eugenia, así que se levantó la mesa y se hubieron cerrado cuidadosamente las puertas, tú eres heredera de tu madre y tenemos algunos negocios que arreglar entre los dos. ¿No es verdad, Cruchot?

— Sí.

— ¿Y es menester ocuparnos de esto hoy mismo, padre mio?

— Sí, sí, hija mia. No podria vivir en la incertidumbre en que me halló. Tú no quieres causarme un pesar ¿no es eso?

— Oh! padre mio.

— Pues bien! es preciso arreglar todo eso esta misma noche.

— ¿Qué quiere V. que haga?

— No soy yo quien debe decirte esto, preguntalo á Cruchot.

— Señorita, su señor padre no quisiera partir, ni vender sus bienes, ni pagar enormes derechos por el dinero contante que puede poseer, por lo que sería necesario dispensarse de hacer el inventario de toda la fortuna que en el dia se halla dividida entre su señor padre y V.....

— Cruchot, está V. bien seguro de esto para hablar así delante de una niña?

— Déjeme V. hacer, Grandet.

— Sí, sí, amigo mio. Ni mi hija, ni V. no querán despojarme ¿ no es verdad, hija mia?

— Pero, señor Cruchot, ¿ que debo hacer? preguntó Eugenia.

— Y bien, dijo el notario, seria menester firmar esta acta, por la cual, renunciaria V. á la sucesion de su señora madre, y dejaria á su padre el usufructo de todos los bienes comunes entre ustedes, y de que él la asegura la propiedad.....

— Yo nada comprendo de lo que V. me dice, respondió Eugenia, deme V. el acta, y enséñeme el lugar en que debo firmar.

El avaro miraba alternativamente el acta y á su hija, sintiendo tan vivas conmociones que tuvo que enjugarse varias veces el sudor que caia por su frente.

— Hija mia, la dijo, si en lugar de firmar esta acta, que costará mucho de hipotecar, quisieras renunciar pura y simplemente á la sucesion de tu difunta madre, y dejar que yo cuide de tu porvenir, yo prefiriera esto. Entonces te haré una renta cada mes de cien francos. Ya ves, podrás pagar tantas misas como quieras para quienes las mandes rezar... Eh? cien francos cada mes..... *en libras.*

-- Haré lo que V. quiera, papá.

-- Señorita, es mi deber hacerla observar que V. se despoja.....

-- Y que me importa esto, Dios mio!

-- Callate, Cruchot. Lo dicho, dicho! exclamó Grandet tomando la mano de su hija y apretándosela, tú no querrás desdecirte porque eres una buena hija, eh!

-- Oh! padre mio.

Entonces la abrazó con efusion y la apretó entre sus brazos á punto de ahogarla.

-- Vé, hija mia, ahora das la vida á tu padre. Tú le vuelves lo que te ha dado, estamos quitos. He aquí como deben terminarse los negocios. La vida es como un negocio cualquiera. Yo te bendigo. Eres una hija virtuosa que ama á su papá. Sin embargo, harás lo que quieras.

— Hasta mañana, pues, Cruchot, dijo mirando al notario espantado. Vea V. de preparar el acta de renuncia para el tribunal.

La mañana siguiente, al medio día, fué firmada la declaracion por la cual Eugenia efectuaba por si misma su espoliacion.

Con todo, apesar de su palabra, al fin del primer año, el viejo tonelero no habia dado ni un sueldo de los cien francos por mes, tan solemnemente prometidos á su hija. De manera, que cuando Eugenia le habló de ellos por incidente no pudo menos de ruborizarle, pues subió con presteza á su gabinete, bajó y presentó á su hija cerca de la tercera parte de las joyas que habia tomado de su sobrino.

— Toma, picarilla, dijo con acento lleno de iro-

nía, ¿quieres todo esto por tus mil doscientos francos?

— O padre mio! En verdad, me los da V.?

Entonces le echó aquellos dijes en el regazo.

— El año que viene te daré otro tanto. Así en poco tiempo tendrás todas *sus* chucherías, añadió frotándose las manos, contento de poder especular con el sentimiento de su hija. A poco tiempo el viejo aunque robusto todavía, se vió en la necesidad de iniciar á su hija en los secretos de la casa. Durante dos años consecutivos la hizo ordenar en presencia suya todos los gastos y recibir los créditos de su cercados y arriendos. En fin, al cabo de tres años, la habia acostumbrado tan bien á sus maneras avaras, que le cedió sin temor las llaves de la despensa, y la constituyó señora de la casa. Pasaron cinco años sin acontecimiento alguno notable en la monotonía ecistencia de Eugenia y de su padre. Se cumplieron constantemente los mismos actos con la regularidad cronométrica de los movimientos del antiguo reloj. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era un secreto para nadie; pero si bien cada cual pudo presentir la causa, jamás ella pronunció una palabra que pudiese justificar las sospechas que todas las reuniones de Saumur formaban sobre el estado del corazón de la rica heredera. Su única sociedad eran los tres Cruchot, y algunos amigos suyos que

se habian introducido insensiblemente en la casa. La habian enseñado á jugar al wisth, y venian todas las tardes á hacer la partida.

Desde el año 1825 su padre se vió en la precisión de iniciarla en los secretos de su fortuna territorial y la decia que en caso de dificultad se informase del notario Cruchot, cuya probidad tenia bien experimentada. El avaro cumplió 79 años á fines del citado y se vió presa de una parálisis que hizo tan rápidos progresos, que M. Bergerin le desaució.

Cuando Eugenia pensó que iba á verse dentro de poco sola en el mundo, unióse mas estrechamente con su padre, por decirlo así, y estrechó mas fuertemente el último anillo de afectos que la ligaban á la sociedad. En su imaginación como en la de todas las demás mujeres, el amor era el universo entero, y Carlos no estaba allí. Eugenia estuvo sublime en los cuidados y atenciones que prodigó á su padre, cuyas facultades empezaban á deslizar aunque la avaricia se le sostenia por instinto. Por esto la muerte de aquel hombre no contrastó con su vida.

Por la mañana se hacia pasear desde la chimenea de su cuarto hasta la puerta de su gabinete, lleno sin duda de oro. Luego se quedaba estático, pero contemplaba alternativamente á los que le iban á ver y miraba la puerta forrada de hierro. Se hacia dar cuenta de cualquier ruido que oyése y con mucha

extrañeza oía hasta los bostezos del perro que estaba en el corral.

Salía de aquel aparente estupor á la hora y punto en que debía cobrar arriendos, arreglar cuentas con los labradores ó dar recibos. Entonces ajitaba su silla de ruedas hasta que se hallaba en frente de la puerta de su gabinete que hacía abrir por su hija, y cuidaba que ella misma colocase en secreto los sacos de plata unos sobre otros y que cerrase bien la puerta. Así que Eugenia le devolvía la llave preciosa, guardada siempre en la faltriquera de su chaleco, que tocaba de cuando en cuando, se volvía silenciosamente á su lugar. Por otra parte el anciano notario, presintiendo que la rica heredera debería casarse necesariamente con su sobrino el presidente, si Carlos Grandet no volvía, redobló sus atenciones y cuidados. Iba todos los días á ponerse á las órdenes de M. Grandet, visitaba á Froidfond, y las demás haciendas, vendiendo la cosecha, y permutándolo todo en oro y plata, que iba á reunirse luego con los sacos apilados en el gabinete. Llegaron por último los días de la agonía, en los cuales la naturaleza robusta del avaro luchó con la destrucción; mas no por eso quiso separarse de la chimenea, ni salir de enfrente del gabinete. Cuando le abrigan para guardarle del frío, lo recojía todo y decía á Mariana:—Vé, corre, cierra eso, ciérralo, no sea caso que me roben. Cuando podía

abrir los ojos, donde se había oncentrado toda su vida, los volvía continuamente á la puerta de su gabinete, en que estaban encerrados sus tesoros, y decía á su hija con un sonido que denotaba una especie de terror pánico:—¿Están todavía? ¿están aun?

—Sí, papá.

—Guarda bien el oro, tráeme oro, y ponlo aquí delante.

Entonces Eugenia esparramaba algunos luises sobre una mesita, y su padre tenía los ojos fijos sobre ellos, como un niño que en el momento en que empieza á ver, contempla estúpidamente el mismo objeto, y como al niño se le escapaba una sonrisa penosa.

—Esto me anima! decía alguna vez, dejando ver en su rostro una espresion de felicidad.

Quando el cura de la parroquia fué á administrarle los sacramentos, sus ojos, muertos en apariencia desde algunas horas antes, se reanimaron á la vista de la cruz, de los candeleros y del hisopo de plata, mirólos fijamente y su lobadillo se removió por última vez. Luego, cuando el sacerdote le acercó á los labios el crucifijo para que lo besase hizo un espantoso movimiento para cojerlo... último esfuerzo que le costó la vida. Llamó á Eugenia, á quien no veía aunque la tenía delante arrodillada, y bañándole con lágrimas sus manos ya frías.

— Padre mio, bendígame V.!

— Ten buen cuidado de todo, pues me darás cuenta después en el otro mundo! probando con eso que el cristianismo debe ser la religion de los avaros.

Eugenia Grandet se encontró sola en el mundo y en una casa en que no habia mas que Mariana á quien pudiese echar una mirada con la certidumbre de ser entendida, Mariana, único ser que la amase sin interés. Aquella criada era una providencia; por esto, desde entónces no fué ya mas que una amiga de su señorita. Esta supo después de la muerte de su padre, y por relato de M. Cruchot, que poseía cuatrocientas mil libras de renta en bienes raíces en el término de Saumur, doscientos cincuenta mil francos al tres por ciento, adquiridos á sesenta y un francos y que valian entónces setenta y siete; luego tres millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar algunas deudas que se debian cobrar. La suma total de sus bienes ascendía á veinte millones.

— ¿Donde está mi primo! se preguntó á sí misma.

El día en que el notario Cruchot entregó á su clienta la liquidacion de su herencia, estaba sola con Mariana, sentadas ambas una en cada lado de la chimenea de aquella sala, en que todo eran recuerdos, desde la silla en que se sentaba la ma-

dre de Eugenia hasta el vaso en que habia bebido su primo.

— Mariana, estamos solas.....

— Sí, mi señorita, y si yo supiera donde se halla su primo de V. iria á buscarle á pié descalzo.

— Nos separa un mar inmenso! dijo ella.

Mientras que la pobre heredera lloraba en compañía de su antigua sirvienta en aquella fría y oscura casa, que para ella componia todo el universo, no habia otra cuestion desde Orleans á Nántes que la de los veinte millones de la señorita Grandet. Uno de sus primeros actos fué el dotar de mil doscientos francos de renta vitalicia á Mariana, la cual poseyendo ya otros seiscientos francos, fué un rico partido. En menos de un mes pasó del estado de doncella al de mujer, bajo la proteccion de Antonio Cornoiller, que fué nombrado guarda-jeneral de la hacienda de Froidfond. Madama Cornoiller llevó inmensa ventaja sobre sus contemporáneas; pues aunque tenia sesenta y tres años parecia no tener cuarenta. Sus groseras facciones habian resistido á los ataques del tiempo; y, gracias á su réjimen de vida enteramente monástico, revestia la vejez de una salud de hierro y un semblante indestructible. Tal vez, nunca habia estado tan guapa como lo fué el día de su casamiento. Tuvo los beneficios de su fealdad y apareció robusta, gorda, fresca, y con tal aire de dicha en su figura, que hizo envidiar á algunas personas la suerte de Cornoiller.

— Tiene buenos colores, decia el trapero.

— Es capaz de tener hijos, decia un comerciante de sal, porque se conserva como en salmuera, segun parece.

— Ella es rica y el perillan de Cornoiller da un buen golpe, añadia otro vecino.

Al salir de aquella antigua casa, Mariana que era querida de la vecindad, recibió continuos cumplimientos desde la tortuosa calle hasta la parroquia. Por presente de boda, Eugenia la dió dos docenas de cubiertos. Cornoiller, sorprendido de tanta magnificencia hablaba de su señorita con las lágrimas en los ojos, y se hubiera dejado matar por ella. Constituida dama de confianza de Eugenia, la señora Cornoiller, tuvo en adelante un honor igual para ella al de poseer un marido. Tenia, en fin, una despensa que abrir ó cerrar y provisiones que distribuir por la mañana, como lo hacia su difunto amo. Luego tuvo que mandar á dos criados, una cocinera y una camarera, encargada de componer la ropa de la casa y hacer los vestidos de Eugenia. Cornoiller añadió á las funciones de guarda las de gobernador. Seria inútil decir que la cocinera y camarera elejidas por Mariana eran verdaderas *perlas*. La señorita Grandet tuvo tambien cuatro sirvientes, cuyo afecto para con ella era sin límites. Los operarios y arrendadores no se apercibieron de la muerte del avaro; este habia establecido

tan severamente los usos y costumbres de su administracion, que fueron cuidadosamente continuados por M. y madama Cornoiller.